

la mano de Dios, y que Roma, la señora del mundo, estaba de tal modo convencida de esta verdad, que había establecido un sacerdocio permanente, destinado á aplacar ó á dar gracias á la Divinidad por medio de sacrificios públicos, en los cuales tomaba parte la ciudad entera. Cuando se piensa en la ceguedad de las naciones de nuestro siglo, se ha adivinado una de las causas de ella ¿qué digo? la única causa tal vez por la cual la Divina Providencia ha conservado la pirámide de Céstio.

Hé aquí en su parte brillante la historia del monumento. Pero tales como fueron, y tales como sean todavía su magnificencia y su solidez, este sepulcro ha debido sufrir la acción del tiempo. La urna que contenía las cenizas del opulento Romano ha desaparecido, así como la estatua que coronaba el edificio. La pirámide misma pedía hace dos siglos un protector inteligente que reparase sus ruinas y le conservase su forma primitiva. La mano de un Papa le hizo este noble servicio; ¡lo ha hecho á tantas otras! Abajo de la segunda inscripción leéis:

INSTAVRATVR. AN. DOMINI. MDCLXIII.

"Restaurado el año del Señor 1673." Y el viajero bendice el nombre de Alejandro VII.

Esta excursión á los terrenos de la arqueología nos pareció muy interesante; pero ella supone muchos conocimientos indispensables, entre otros la manera de leer las inscripciones. Todo el mundo sabe que en la escritura monumental se encuentra una multitud de abreviaturas; que muchas veces una sola letra basta para indicar una palabra. Cuando no se posee la llave de esta especie de jeroglíficos, sucede á cada momento que se ve uno detenido por inscripciones indecifrables. Así se recorren los columbarios, los obeliscos, los arcos de triunfo y los museos, sin entender nada y

por consiguiente sin utilidad real y casi sin gusto. La forma exterior os atrae, tal vez la admiráis; pero el monumento mismo es un testigo mudo, un libro cerrado que nada os dice y que teneis la pena de dejarlo sin haberlo comprendido; lo digo por haberlo experimentado más de una vez. Esto es á la vez una desgracia real, de la cual no puede consolarse el viajero serio, atento, y una desgracia bastante común atendiendo á que el conocimiento de los siglos no es muy familiar, según temo, á un gran número de viajeros. He creído, pues, hacer una cosa tan útil como agradable, colocando al fin de mi *Diario* un diccionario explicativo de las abreviaturas más comunes y principales de los siglos, con nociones sobre los usos y las dignidades, los hechos cuya inteligencia es necesaria para tener una idea neta de la inscripción y del monumento que traduce.

No lejos de la pirámide de Céstio está el cementerio de los protestantes. Esta inmediación tiene algo de penosamente significativo. ¡Ni en las tumbas de nuestros hermanos extraviados, ni en el mausoleo del sacerdote pagano se levanta el signo cristiano de la esperanza! Ahora bien; cuando se muestra la cruz en pie sobre las ruinas del hombre, á la manera del mástil encima del navío naufrago, ¿no debe creerse que todo ha perecido? Además, recordaré de paso que cavando la fosa que rodea el cementerio protestante, se encontraron los preciosos fragmentos del plano de mármol de la antigua Roma.

Ibamos á pasar la puerta de Ostia y á encaminarnos hacia San Pablo *extra-muros*, cuando al mirar nuestros relojes quedó demostrado que la pirámide de Céstio había tenido á bien tomarnos en su provecho todo aquel día. Fué necesario tocar retirada; ya la noche bajaba á grandes pasos de las montañas de la Sabina, y nos

cubrió con sus primeros velos cuando volvímos á la ciudad.

19 DE MARZO.

Puerta Trigemina. —Capilla del Adios. —San Pablo *extra-muros*. Santos Vicente y Anastasio. —San Pablo tres fuentes.

Emprediendo de nuevo la expedición de la víspera, llegamos á buena hora á la puerta de San Pablo. Ha sido llamada sucesivamente *Trigemina*, *Minucia*, *Navares*, *Ostiensis*, á causa, ya de los tres Horacios que la pasaron para ir al combate, ya por su forma, ya por las restauraciones, ya por los lugares adonde conducía; y ha cambiado todos estos nombres por el del grande Apóstol, á quien vió pasar en la circunstancia más memorable de su gloriosa existencia.

Cuando el cristiano atraviesa su doble arco, tiene la certeza de pisar sobre los pasos de San Pedro y San Pablo. Los dos apóstoles que estaban encerrados en la prisión Mamertina el mes de Octubre del año 65, fueron sacados de ella el 29 de Junio de 66 para ir juntos al martirio.

Acababa de pasar la puerta Trigemina, cuando los lictores ejecutaron la orden que habían recibido de separarles. Pedro fué llevado al Vaticano en donde encontró la cruz, y Pablo siguió su camino hacia las aguas Salvianas que debía inmortalizar con su muerte. ¹

La inspección de los lugares hace desde luego difícil de comprender el orden y el itinerario de los dos prisioneros. El Vaticano y las aguas Salvianas, están en dos puntos opuestos de Roma; y siguiendo la misma línea de la prisión Mamertina, se encuentra uno en su medio. ¿Por qué pues no separar á los prisioneros en los umbra-

les del calabozo ó por lo ménos en medio del *Forum* después de la flagelación de costumbre? ¿Por qué esta marcha y contramarcha? Desde luego, ¿carecerá de fundamento suponer que Neron haya querido aterrorizar á los cristianos y á los que quisieran serlo, paseando por toda la gran Roma á los dos jefes de la nueva religión, á quienes mandaba llevar al suplicio? Además, ¿sería calumniar á Neron decir que mandando crucificar en el Vaticano en donde estaba el palacio imperial, al anciano á quien los fieles miraban justamente como á su patriarca, y que les gobernaba hacia veinticinco años, quiso este príncipe, como ya lo había hecho con los cristianos, alimentarse con los tormentos de aquel que era á sus ojos el enemigo capital del imperio y que en otro tiempo había encendido su cólera ocasionando la muerte de su semi-dios favorito, Simón el mago? ¹

Como quiera que sea, los numerosos cristianos que seguían á los Apóstoles fueron testigos de su separación, y un venerable monumento indica el lugar mismo en que tuvo lugar. Este es una pequeña capilla situada á la izquierda de la vía de Ostia, á muy poca distancia de la puerta de San Pablo. En el frontispicio se lee la inscripción siguiente, escrita en italiano antiguo:

IN QVESTO LVGO SI SEPARARONO S. PIETRO
ET S. PAVOLO ANDANDO AL MARTIRIO ET DISSE
PAVOLO A PIETRO.
LA PACE SIA CON TECO FVNDAMENTO
DE LA CHIESA ET PASTORE DI TVTTI
LI AGNELLI DI CHRISTO
ET PIETRO A PAVOLO
VA INPACE PREDICATORE DE BVONI
ET GVIDA DE LA SALVTE DE GIVSTI 2.

¹ Baronio piensa que San Pablo fué conducido más allá de la puerta Trigemina, porque era el cuartel de los pobres y por consiguiente de la mayor parte de los cristianos, y San Pedro al Vaticano, más allá del Tíber, porque era el cuartel de los judíos. *Ann.*, t. I, p. 477, n. 9.

² Dionysius, in *Epist. ad Timotheum*.

¹ Toggino *De Romano divi Petri itinere et episcopatu*, p. 396.

En este lugar se separaron San Pedro y San Pablo, yendo al martirio, y Pablo dijo á Pedro: La paz sea contigo, fundamento de la Iglesia y pastor de todos los corderos de Cristo. Y Pedro dijo á Pablo: Ve en paz predicador de los buenos y guía de la salud de los Justos.¹

Estas líneas preciosas atestiguan dos hechos perfectamente distintos: la separación de los dos Apóstoles en aquel lugar, cuando iban al martirio y los adioses que se dirigieron para no volverse á ver sino en el cielo. El primero está fundado en la tradición de los siglos, perpetuada en la pequeña capilla. El segundo descansa en la autoridad de San Dionisio que ha cuidado de conservarnos los adioses apostólicos, si no en cuanto á las palabras al menos en cuanto al sentido. 1 Aunque no esté escrito en la inscripción, hay un tercer hecho que recuerda la *Capilla del Adios*, de que dan testimonio igualmente la tradición y la historia. Cuando los dos venerables ancianos 2 se abrazaron por la última vez, según la costumbre de los cristianos, y que cada uno tomó el camino de su martirio, Pablo apercibió en la multitud una noble matrona, llamada Plautilla 3 bautizada por San Pedro. El Apóstol la pidió su velo para cubrirse la cabeza durante la ejecución, 4 prometiéndola que muy pronto le sería devuelto, y ella se lo dió con gusto. La capilla indica también el lugar en que tuvo lugar este acto de valerosa caridad 5.

A la vista de aquella venerable capilla

1 Véase sobre la autenticidad de esta carta de San Dionisio à Toggino, *Derom divi Persi etc.*, p. 25 y 26.

2 San Pablo tenía sesenta y ocho años. San Crisóstomo *Orat in Princip Apóstol.*; y San Pedro era todavía mayor.

3 Es la madre de Santa Flavia Domitila.

4 Tal era la costumbre entre los Romanos. Josefo y las Actas de San Cipriano, etc. etc., dan fe de ello.

5 Baron., *Ann.*, t. I, p. 478, n. 10.

cae uno de rodillas, ora, ama, bendice y no es posible levantarse sino para irse á prosternar de nuevo en la Basílica poco distante de San Pablo *extra-muros*. Hé aquí, en efecto, uno de los más augustos santuarios de la Ciudad Eterna. San Pedro *extra-muros*, una de las cinco iglesias patriarcales, fué fundada por Constantino á ruegos de San Silvestre, en la parte de una catacumba perteneciente á Santa Lucina, en donde habia sido sepultado el gran Apóstol después de su martirio. Un rescripto de los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio, fechado el año 386 y conservado en los archivos del Vaticano, ordena á Salustio, prefecto de Roma, que reedifique aquella iglesia sobre un plan más vasto y con más magnificencia. Todos los soberanos Pontífices se han impuesto el deber de conservar y embellecer aquel venerable monumento del cristianismo.

La Basílica habia llegado tal vez á su más alto punto de magnificencia, cuando la noche del 15 al 16 de Julio de 1823, un violento incendio ocasionado, según se dice, por la imprudencia de un plomero, redujo á cenizas la mayor parte de aquel irreparable edificio. Al momento Leon II, de gloriosa memoria, mandó reconstruirlo; los trabajos no han sido interrumpidos, pero están muy lejos de terminarse.

Muchos príncipes han venido en ayuda del Pontífice. Los dos soberbios monolitos que adornan la entrada de la gran nave, han sido enviados por el rey de Cerdeña; y Mehemet-Alí ha hecho donación de cuatro magníficas columnas de alabastro, de cincuenta pies de altura.

Tal es en pocas líneas la historia de aquella Basílica; el inventario de sus riquezas exigiría un volumen entero. Lo poco que voy á decir de ellas bastará para hacer comprender la generosidad verdaderamente real y la fe viva de los siglos

cristianos y la profunda veneración con que rodean al gran Apóstol Constantino; según su costumbre, enriqueció la nueva iglesia con una prodigiosa cantidad de jarras, de candelabros, de estatuas de oro y de plata. Las emperatrices rivalizaron en generosidad con los príncipes sus esposos y sus hijos, Galla, Placidia, hija de Teodosio, esposa de Constancio y madre de Valentiniano, mandó hacer el soberbio mosaico del coro que existe todavía. A los señores del mundo se juntaron los soberanos Pontífices y los particulares.

Las pinturas, los tabernáculos de plata, los pavimentos de mosaico, el *matroneum* ó recinto reservado para las mujeres, fueron obra de los Papas Simaso, Gregorio II, Gregorio III, Adriano I, etc.

Este último restauró también el pórtico levantado por piedad de los fieles, desde los muros de la ciudad hasta la iglesia, es decir, en una longitud de tres millas. Aunque no existe sino desde el siglo X, cuando se ha visto el de Bolonia, se puede formar una idea de la magnificencia de esa obra, digna por su carácter grandioso de la piedad romana.

La célebre puerta de bronce, una de las maravillas de San Pablo, fué hecha en Constantinopla en 1070 á expensas del cónsul romano Pantaleon. En ella se veían en relieve los Profetas, los Apóstoles y los principales rasgos de su vida. Esta puerta, fundida por el incendio, no existe más que en pedazos. Felizmente el fiel buril de Nicolás ha conservado su imagen, la arqueología cristiana no lo ha perdido todo.

Ciento treinta y dos columnas sostienen la Basílica y la dividen en cinco naves. Veinticuatro eran de mármol frigio, de un trabajo exquisito, de orden corintio y extriadas en las dos terceras partes de su altura. Su origen las hacía más preciosas todavía; provenían, ó del mausoleo de

Adriano, ó de la basílica Emiliana en el Forum. Los altares estaban adornados con treinta columnas de pórfido, las paredes de la nave del centro cubiertas con pinturas del siglo nono, y todas las divisiones del pavimento estaban hechas con mármoles preciosos. De tantas riquezas casi nada se ha conservado por el incendio; lo que no destruyó lo perjudicó más ó menos.

Deben exceptuarse los objetos siguientes: los mosaicos de la fachada, obra de fines del siglo décimo tercio; el pórtico de la iglesia, adornado con doce columnas, de las cuales cuatro son de granito; la famosa urna del siglo tercero que se encuentra bajo el pórtico. Está cubierta con bajos relieves de mediano trabajo que representan la infidelidad y el suplicio de Marcia, la apoteosis de un poeta trágico y pequeños géneos subidos en navíos que entran al puerto, símbolo de la otra vida. Por fin, el gran mosaico de Honorio III sigue decorando la ábside del coro. En medio del crucero se levanta el altar principal, en donde descansan la mitad de los cuerpos de San Pedro y de San Pablo.

Una parte de las cadenas del grande apóstol, se conserva en una de las capillas inmediatas de que hablaré más tarde. Alrededor de sus jefes están formados una multitud de mártires y de todas condiciones; de suerte que, San Pablo *extra-muros*, lo mismo que las otras basílicas de Roma, es un cielo sobre la tierra.

Componen el cortejo de los dos apóstoles: San Timoteo, San Matías, Santiago el Mayor, Santiago el Menor, San Bartolomé, San Mateo, San Lucas, sus gloriosos compañeros de armas, cuyos cuerpos, en todo ó en parte, descansan en el augusto santuario. Vienen en seguida los santos Pontífices Félix III, Sixto I.^o, Alejandro, Fabiano, Gregorio; los grandes diáconos Estéban, Lorenzo, Vicente; los márti-

res Celso, Juliano, Basíliza, Epafra, Zenon, Victorino, Constancio y Marciano; por fin, las vírgenes cuya frente está ceñida con una doble corona, Gaudencia, Elvía, Diana, Sátira, Inés y Justina, acompañadas de otras muchas.

Cuando el viajero cristiano ha rendido el homenaje de su fé, de su gratitud y de su confianza á aquella augusta asamblea de hermanos, de hermanas, de protectores y de modelos, va á prosternarse á la capilla del Crucifijo, delante del Cristo tantas veces milagroso que habló á Santa Brígida; luego entra al claustro que toca á la Iglesia. Allí estudia con amor las graciosas columnillas de los pórticos, maravillas del arte de la Edad Média; luego las numerosas inscripciones antiguas incrustadas en las paredes por las manos hábiles de los benedictinos, á quienes confió el Papa Martín V el cuidado de la basílica.

Una milla más lejos, siguiendo el camino solitario trazado entre numerosos accidentes de terreno, se atraviesan sobre un puente estrecho las aguas *Salvianas*. La vista de este arroyo os hace estremecer, porque recuerda vivamente la muerte del grande Apóstol. Bien pronto estais enfrente de las iglesias de los Santos Vicente y Anastasio y de Santa María *Scala Caeli*, que con la de San Pablo forman un triángulo prolongado. Aquí se ve tentado el peregrino católico de quitarse el calzado; tan santa así es la tierra que va á pisar. La iglesia de los Santos Vicente y Anastasio ha visto á San Bernardo orando sobre sus losas y sacrificando en sus altares.

¿Preguntais tal vez cómo se encontraba en estos lugares el abad de Clairveaux? La iglesia de San Anastasio, con el monasterio inmediato, edificada en 625 por Honorio I, restaurada en 772 por Adriano I, reedificada por San Leon y magníficamente dotada por Carlo Magno en 800,

fué cedida en 1140 por el Papa Inocencio II á los religiosos de Cîteaux. El primer superior de la nueva colonia llegó á ser, algunos años más tarde, el Papa Eugenio III; á esta doble circunstancia se debe el viaje de San Bernardo. El estilo romántico domina en la iglesia de San Anastasio mezclado con un carácter de pureza y de vigor muy notable; los doce Apóstoles, frescos degradados de Rafael, adornan las pilastras y numerosas reliquias enriquecen los altares. El Oriente y el Occidente están allí representados, el primero, por San Anastasio martirizado en Persia bajo Chosroes; el segundo, por San Vicente, la gloria de España. La mayor parte de sus cuerpos sagrados reunidos en aquel lugar, está allí como para servir de testimonio á la unidad y á la catolicidad de la fe.

Hé aquí á pocos pasos de distancia, nuevos testigos no menos ilustres y numerosos; estamos en la iglesia de Santa María *Scala Caeli*. Bajo nuestros piés descansan diez mil doscientos tres mártires, cuya sangre bebió la tierra que pisais. Aquí está la catacumba de San Zenon, en cuya puerta se lee:

HIC REQUIESCUNT CORPORA
S. MARTIRIS ZENONIS TRIBUNI
ET SOCIORUM MILITUM
DECEN MILLIUM
DUCENTORUM TRIUM.

“Aquí descansan los cuerpos del tribuno San Zenon mártir, y de los diez mil doscientos tres soldados sus compañeros.”

¿De dónde viene este ejército de mártires? ¿quién ha hecho semejante matanza de cristianos? El mismo emperador, responde la historia, que hizo exterminar en las gargantas de Agauna á la valiente legión Tebana. Queriendo Docleciano y Maximiano, exceder á sus predecesores, mandaron levantar en las crestas del Esquilino las Termas suntuosas que llevan todavía sus nombres. Cuarenta mil solda-

dos cristianos, condenados á las minas, fueron empleados en este trabajo que duró siete años. Para recompensarles, los magnánimos emperadores mandaron degollar aquellos generosos atletas, ó en el lugar mismo en que habían regado con sus sudores, ó en la *cuesta del Cohombro*, ó en fin, en las *aguas Salvianas*. El día 9 de Julio del año 298 se vieron bajar de las alturas del Esquilino diez mil soldados desarmados, extenuados por el cansancio y ya golpeados como viles esclavos; á su cabeza marchaban Zenon su tribuno y los otros oficiales; pasaron la puerta Trigemina y siguieron durante algun tiempo la vía de Ostia; luego, volteando un poco á la izquierda, entraron al fondo de un valle solitario, y cuando llegaron al lugar llamado *Gutta jugiter manans*, fueron degollados todos el mismo día y luego enterrados por los cristianos sus hermanos. 1

Se siente uno de tal modo absorto por aquel gran recuerdo, que apenas queda bastante atención para examinar la iglesia. Fué reedificada en el siglo sexto por los cardenales Pedro Aldobrandini y Alejandro Farnesio; es de forma octagonal, y posee en la bóveda del coro el primer mosaico moderno en el cual se reúne el buen gusto á la riqueza del dibujo y del colorido. Un día, mientras San Bernardo decía aquí la misa por los muertos, se vió una escala milagrosa que tocaba desde la tierra al cielo y un gran número de ángeles que subían sus peldaños; de aquí viene el nombre de *Scala Caeli* que ha conservado siempre esta iglesia tantas veces reedificada.

1 Repertus est omnium numerus decem millium ducentorum trium, qui omnes cum Zenone tribuno, qui inter eos dignitate excellere videbatur, extra urbem porta Trigemina ducti sunt; et in concavo vallis, in loco dicto *Gutta jugiter manans*, an *aguas Salvias*, ad unum omnes necatisunt septimo Idus Julii, quo celebri memoria annuatim corundem triumphi dies natalis recolitur.—Baron., *Ann.*, t. II p. 506, n. 17.

El primer objeto que hirió nuestras miradas al salir, fué el frontispicio saliente de San Pablo *Tres-Fuentes*, sobre el cual brillaban, á los rayos del sol, estas palabras escritas en grandes letras de oro:

S. PAULI APOSTOLI MARTYRII LOCUS
UBI TRES FONTES MIRABILITER ERUPERUNT

“Lugar del martio del apóstol San Pablo, en donde brotaron milagrosamente tres fuentes.”

Temblando se acerca uno á aquel venerable santuario, el temblor aumenta cuando se entra á él, y sobre todo cuando las miradas contemplan los objetos que encierra. Mirad en el ángulo de la iglesia, detrás de una reja de hierro, la columna á que fué atado Pablo cuando el hacha del licitor le cortó la cabeza. Esta columna ó más bien este trozo de columna es de mármol blanco y puede tener cinco piés de altura por cuatro de circunferencia. El altar del santo, distante algunos pasos, está adornado con columnas de pórfido negro, únicas en tamaño y en belleza. Al venir Pablo al suplicio, habia obrado muchos milagros, entre otros la conversion de tres soldados que formaban parte de la escolta, Longino, Augusto y Mégito, martirizados tres dias despues; esto no era más que el preludio de milagros aun más grandes.

Así como la antorcha que está proxima á apagarse, arroja una llama viva, así Pablo, el infatigable predicador de los griegos y de los bárbaros, al espirar á vista de Roma, punto de reunion del universo, iba á llegar á ser más brillante y más milagroso en su muerte que en su vida. Tal como fué Dios en la cima del Calvario, así debia ser su heróico apóstol. La razon lo concebía. Antes de dejar el mundo, que habia llegado á ser su discípulo, Pablo le debia un milagro inmenso, eterno, que resumiese y confirmase todos los prodigios

de su vida, y que perpétuamente visible á los ojos de las generaciones, las afirmase en la doctrina de su Maestro hasta el diade la eternidad. Preguntando á la historia, responde que en efecto la Providencia ha desplegado en la muerte de Pablo toda la magnificencia de esta gran ley.

Su cabeza cae y se obran dos milagros. En lugar de brotar sangre, brota leche; la columna, la tierra, el brazo, la clámide del licitor se inundan con ella. 1 La cabeza da tres botes, y de los tres puntos del suelo que ha tocado, salen tres fuentes que corren todavía. Están encerradas en la iglesia, dejando entre sí cerca de cuatro piés de intervalo y conservando cada una de ellas su diferente temperatura. 2

Lo que se siente á la vista de aquellas aguas milagrosas, lo que se experimenta al acercarlas á los lábios, lo que se siente, lo que se pide, lo que se desea después de ha-

1 Res quiden adeo insignis non tantum et dictis, actis (apostolorum Petri et Pauli), sed et alijs compluribus habetur testibus confirmatu. Nan et S. Ambrosius, *Serm.* 68, de re tam celebri et clara nec dubitatione aliqua obscurata his besbis meminit: "De Pauli vero cervice, cuam eam persecutor gladio percussisset, dicitur fluxisse lactis magis unda quam sanguinis, et mirum in modum sanctum apostolum Baptismi gratia in ipsa cæde exstitisse splendidum potius quam cruentum. Quæ quiden res in sancto Paulo stupenda non est. Quid enim mirum si abundat lacte nutritio Ecclesiæ? ... hæc est plane promissionis illa terra quam Deus patribus nostris promisit, dicendo: Dabo vobis terram fluentem lac et mel. Non enim de hac terra locutus est quæ dimanantibus aquis caenum involvit et utrunque permiscet, sed de illa tum Pauli, tum similium Pauli, cuæ jugiter purum suaveque distillat. Quæ enim Pauli epistola melle dulcior et lacte candidior? quæ epistolæ tanquam ubera ecclesiarum populos enutritum ad salutem. De cervice ergo Apostoli pro sanguine lac manavit." Sed et S. Joannes Chrysostomus, ejusdem veritatis gravissimus assertor, sic ait (orat. in Princ. Apost.): Qualis locustuum, Pauli, sanguinem excepit, qui lacteus apparuit in ejus veste qui te percussit? Qui quidem sanguis barbaricum illius animum redfidem tradulciorem, ut ipse una cum cocco ad dens melle duceretur ita affect.

Véase á Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 12

2 Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 13.

ber bebido de ellas, no hay un cristiano que deje de imaginárselo; pero solo puede saberlo el que ha gozado de esta delicia. Después de la ejecución, Plautilla envolvió en su velo la cabeza del Apóstol y la fué á depositar á la catacumba de Lucina en la vía de Ostia. Por los cuidados de Lucina, esta otra matrona igualmente digna de nuestros tiempos heroicos, el resto del cuerpo fué trasladado al mismo cementerio. 1 Mientras esto pasaba, el sacerdote Marcelo daba en el otro extremo de Roma, una real sepultura á Pedro, que acababa de espirar en las alturas del Vaticano.

Ya eran muchos los gozes de un día; por otra parte, hubiéramos creído profanar semejante espectáculo si no nos hubiésemos quedado bajo las impresiones que produce; nos volvimos á Roma siguiendo de nuevo la vía que habia conducido á Pablo al triunfo.

20 DE MARZO.

Domingo de Ramos.—Anécdota.—Arco de Druso.—Vías Romanas.—Vía Apia.—Basílica de San Sebastian.—Recuerdos.—Inscripcion.—Vila de Maxencio.—Templo y Circo de Rómulo.—Sepulcro de Cecilia Metella.—Iglesia del *Domine quo vadis*.—Palabras de San Ambrosio y de Suarez.

Si en la lengua católica, la semana que comenzamos se llama justamente *la Semana Mayor*, *la Semana Santa*, en Roma parece que debe merecer otro nombre, porque en ninguna otra parte del universo es tan grande, tan santa. Grandes sin-

1 Baron. *Ann.*, t. I, p. 478, H. 13.—Son bien conocidas todas las instancias que hizo cuatro siglos más tarde la emperatriz Constantina para conseguir de San Gregorio Magro este velo precioso; son también conocidas las cartas en que este pontífice se excusa de no poderlo dar, atendiendo á que está siempre en el sepulcro de Pablo, que no debe ser abierto. *Epist.* lib. III, ep. 3.

duda y santas son las ceremonias que durante estos días memorables tienen lugar en Jerusalem en el lugar mismo de los acontecimientos; pero Jerusalem es la esclava de los Turcos. En su estado de pobreza y de desolacion ¿qué pompa puede dar á sus augustos misterios? Por otra parte, Jerusalem no tiene ni olas innumerables de peregrinos que vayan de los cuatro ángulos del mundo y cuya presencia anime y engrandezca las fiestas de la religion, ni el Pontífice supremo que desde lo alto de su trono inmortal bendice á sus hijos después de haberse prosternado á sus piés; ni la lanza, ni la corona, ni los clavos, ni la columna, ni la cruz del Hombre-Dios, signos poderosos que conmueven hasta la última fibra del corazón; ni todo ese mágico conjunto de monumentos y de recuerdos que, llamando de sus tumbas á los siglos paganos y á los siglos cristianos, les hace asistir con vosotros al drama del Calvario, al mismo tiempo que se apodera de todas las facultades del alma y sucesivamente las eleva hasta la bondad de un Dios moribundo, ó las abate hasta la maldad del Judío deicida.

Todos los viajeros, según creo, están de acuerdo en decir que la dicha de ver las ceremonias de la Semana Santa en Roma basta para hacer emprender el viaje á Italia. Inútil es decir desde luego, que saludamos con particular alegría el sol que iba á iluminar el primer día. A las nueve estábamos en el Vaticano para asistir á la bendición de los ramos. En otro tiempo la ceremonia tenia lugar en la capilla Sixtina; pero por las numerosas súplicas de numerosos extranjeros que querian ser testigos de ella, Gregorio XVI decidió que en adelante se hiciese en San Pedro. Desde luego la vista de aquellas palmas artísticamente trabajadas trae á la memoria un interesante recuerdo.

Sixto V habia resuelto mandar levantar

en la plaza de San Pedro el obelisco de granito rojo hasta la mitad, sacado de los escombros del circo de Neron. La operacion se encomendó al arquitecto Domingo Fontana. Este habia dispuesto cuerdas que debian insensiblemente mover el monolito, levantarlo y dirigirlo, sin accidente para los obreros, hácia el punto que debia ocupar. El 10 de Setiembre de 1586 fué el elegido para la erección. El arquitecto exigia un gran silencio para que pudieran oírse sus órdenes. Sixto V manda publicar un edicto por el cual anuncia que el primer espectador de cualquiera rango y de cualquiera condicion que sea, que *profiera un grito* ó turbe la operacion, será al punto *castigado de muerte*. Nadie es admitido en la plaza sin saber el rigor de la orden. Se conviene con todos los asistentes que solo se oiria el sonido de la trompeta para arreglar los movimientos, y el sonido de los platillos para marcar los descansos; solo la voz del director de los trabajos podia interrumpir el silencio universal. Tal sujecion no cuesta esfuerzo á aquel pueblo tan entusiasta por las artes, y que en muchas circunstancias sabe tener algo de la grandeza y de la dignidad del antiguo pueblo romano. Sixto V llega bien pronto seguido de su corte y se sienta en un estrado.

Puestas las cuerdas en movimiento levantan el obelisco y llevan aquella masa de un peso inmenso cerca del lugar dispuesto para recibirlo. El Papa anima á los obreros con signos de cabeza y con miradas llenas de alegría; dentro de un momento se habrá conseguido el objeto. Solo Fontana habla y manda una última maniobra. Repentinamente un capitán de navío genovés, llamado Bresca, nativo de San Remo, en el rio de Génova, exclama desde el centro de la multitud con una voz retumbante: *Acqua alle funi*; "agua á las cuerdas;" y al momento va á ser entregado á los guardas que rodean el instrumento del